

sea como se fuese él supo formarse una galería, qual ciertamente no se encontraba en las casas mas ricas de los cultos Griegos. El mismo Ciceron, que delante del pueblo mostraba tanta indiferencia acerca de las antiguallas griegas, se manifestaba despues á sus eruditos amigos tan apasionado, que decia no encontrar gusto, ni poder vivir sino entre los libros, entre las estatuas, entre los sellos, y entre otras cosas semejantes; y confesaba á su amigo Atico, que realmente era tal su pasion á ellas, que de algun modo podia ser justamente reprehendido de otros (a). Atico, de genio y de nombre verdaderamente ático, era el que dirigia las adquisiciones de Ciceron, y él mismo habia formado una hermosa coleccion de preciosidades griegas, que servia de rico ornamento á su granja llamada por él *Amaltea*. Este amor á las antiguallas tomó en poco tiempo tanto incremento que toda Roma se vió llena de ricos y elegantes museos. La romana supersticion llenando los templos de escudos,

(a) *Ep. ad Att. VIII, et aliis lib. I. I* (a)

dos, de estatuas, de piedras preciosas, de pinturas y de otras preciosidades, hacia de ellos otros tantos museos. Pero además de los públicos templos, daban las casas particulares honrosa acogida á toda clase de apreciadas raridades. De la galería de Vetres ha dado Fraguier (a) á la Academia de las Inscripciones una erudita disertacion, y otra semejante ha dado Venuti á la Sociedad Colombaria sobre el gabinete de Cicerón (b). Plinio nos da motivo para creer que Varron tuviese su museo, en el qual entre otras cosas estaria la leona de Archelao, que él tanto apreciaba, y describia con tan individual exâctitud (c). Quanto y vario no sería el museo de Julio Cesar, quien teniendo como tenia un gusto delicado, y gozando de una suma autorizada en toda la tierra, se dedicaba con empeño, como dice Suetonio (d), á adquirir piedras preciosas, baxos relieves, estatuas, pinturas y toda especie de labores antiguas. El mismo Suetonio dice de Augusto, que adornaba sus granjas de cosas

Museos
romanos.

Tom. VI.

Sss

no-

(a) Tom. V. (b) Tom. II. (c) Lib. XXXVI, cap. III. (d) XLVII. IV. qd (a) III. dd

506 *Historia de las buenas letras.*
nables por la antigüedad y raridad (a),
y que á veces daba de regalo monedas de
todas clases hasta de las antiguas regias
y peregrinas (b); lo que prueba que entre
los Romanos estaban tenidas en mucho
aprecio dichas monedas. Riquísimo era el
gabinete de Silio Itálico, que nos lo des-
cribe Plinio el joven (c) como lleno de
muchos libros, de muchas estatuas y de
muchas pinturas, que no solo las guarda-
ba él con cuidado, sino que las honraba
con culto y veneración. El mismo Plinio
se manifiesta también amante de tales an-
tiquallas, describiendo con particular in-
dividualidad una pequeña estatua antigua
de metal comprada por él, de que quería
hacer un don al templo de Júpiter de su
patria (d). Pero ninguno llegó en esta par-
te al ardor de Adriano en buscar labores
griegas y preciosos monumentos de la an-
tigüedad: solo su granja de Tivoli era un
noble almacén de las más preciosas mer-
cancias, y una escuela completamente pro-
vista de excelentes modelos en todas las
cla-

(a) LXXII. (b) LXXV. (c) Ep. VII,
lib. III. (d) Ep. VI.

clases de las nobles artes; y algunas cor-
tas reliquias suyas bastan aun ahora para
enriquecer muchos museos. Los amantes
de semejantes raridades eran llamados con
nombre griego *Φιλόκαλοι*, como nos lo di-
ce el mismo Plinio; y estos eran en tan-
to número, y llevaban tan adelante el
amor á aquellas cosas, que Horacio y Ju-
venal desahogan su satírica bilis contra la
desmedida pasión á tales ornamentos de
que estaban poseídos los Romanos. Este
amor á las antiguallas y á las labores grie-
gas debía ciertamente fomentar el estudio
de la antigüedad; pero no se contentaron

Antiqua-
rios ro-
manos.

con esto los Romanos, y llevaron, como
debían, mas adelante su ciencia antiqüaria,
sacando de ella noticias históricas, y toda
especie de erudición. Livio (a) nos pre-
senta á Q. Cinthio como diligente anti-
qüario, y curioso investigador de anti-
guos monumentos, no solo de los Roma-
nos, sino también de los Etruscos. Vemos
al viejo Catón andar por entre los sepul-
cros (b), y sacar de aquellas inscripciones

(a) Lib. VII. (b) Cicer. *De Senec.* VII.

preciosas noticias para su obra de los *Ori-
genes*; y al crítico Clodio (a) buscar las
inscripciones antiguas de las ciudades célti-
cas, y señalar como falsas las que en-
tonces se encontraban allí, aunque juzga-
das por muchos legítimas y originales. Y
Cicerón, Cornelio Nepote, Tácito, Pli-
nio y los otros Romanos eruditos busca-
ban con ansia las antiguas estatuas y pin-
turas, los epitafios, y qualquier otra ins-
cripcion, no solo para deleytar los ojos,
sino para instruir la mente, y enriquecer
sus doctos escritos con noticias ciertas y
seguras. Mesala internándose en la anti-
güedad escribió un libro de las familias,
en que ilustraba muchas noticias genealó-
gicas é históricas. Atico, como dice Cor-
nelio Nepote, era sumamente apasionado
á la antigüedad, y la conócía tan íntima-
mente, que la expuso toda con claridad
en un volumen sobre los magistrados. No
había ley, paz, ni guerra, ni cosa célebre
del pueblo romano, que en aquel libro
no estuviese notada en su tiempo propio;

(a) Plut. in *Numa*.(b) *Lib. VII. c. 11.*

y hasta las noticias de las familias priva-
das estaban en él registradas, aunque sobre
algunas de ellas compuso sus libros parti-
culares. Además de estos formó un libro
de retratos de hombres ilustres, donde ba-
xo cada retrato, aunque en pocas líneas,
daba muchas y apreciables noticias (a).
Pero el que entre los Romanos se adqui-
rió mas justamente el nombre de antiquá-
rio fue el eruditísimo M. Terencio Varrón.
Este, como dice Cicerón (b), hizo cono-
cer á los Romanos quiénes eran, y dónde
existían, lo que hasta entonces no habían
sabido, y les manifestó la verdadera an-
tigüedad de su patria, los derechos de los
sacerdotes y de los sacrificios, la discipli-
na doméstica y la militar, y quanto habia
en Roma de humano y de divino, que pu-
diese merecer la erudita curiosidad. San
Agustin (c) nos dá una noticia bastante in-
dividual de lo que se contenía en cada uno
de los 41 libros de la obra de las antigüe-
dades romanas de Varrón, y ciertamente

(a) Corn. Nep. *ibid.* Plin. *lib. XXXV, c. II.*(b) *Acad. lib. I. IV. cap. V. c. 11.*(c) *De Civ. Dei, lib. VI, c. III.*

es cosa maravillosa que un noble romano pudiese extender á tanto su erudicion. Pero además de aquella grande obra compuso Varron los elogios de los antiguos Romanos, que tambien eran fruto de sus estudios antiqüarios. La erudicion antiqüaria de este grande hombre no se reducía á las cosas patrias, sino que se extendía á las nobles artes, y á toda especie de antigüedad. El testimonio de Plinio, que en tantas noticias, y en tantas materias diversas, ya para hacer ver el modo de trabajar las estatuas que usó el escultor Artemon (a), ya para dar noticia de los antiguos ornamentos de los templos (b), ya para explicar el uso de algun marmol, y la etimología de su nombre (c), ya para formar juicio de alguna estatua (d), y para mil otros diversos objetos se vale de la autoridad de Varron, prueba süficientemente quantas cosas abrazase su estudio antiqüario. El amor á la antigüedad fue llevado hasta el exceso entre los Romanos, y los conduxo, como era natural, á investi-

(a) Lib. XXXIV, cap. VIII. (b) XXXV, c. XII. (c) XXXVI, c. V. (d) Ibid. (e)

tigaciones ridículas y enteramente inútiles. Causa risa el ver en Suetonio de que estudio antiqüario gustaba Tiberio. El quería hacer los sacrificios al modo del antiquísimo Minos, y molestaba á los eruditos gramáticos con penosas y continuas quëstiones sobre el nombre que tuvo Aquiles en el tiempo que vivió entre las doncellas de Esciros, sobre los versos que solian cantar las sirenas, sobre la madre de Ecuba, y sobre otras ineptias semejantes (a). Séneca se burla con razon del empeño de algunos gramáticos en buscar algunas frívolas noticias de la antigüedad, como son, quantos años tuviese Patroclo, y quantos Aquiles; si era mas vieja Helena ó Ecuba, y otras nada importantes; y dice que Didimo escribió quatro mil libros sobre la patria de Homero, sobre la verdadera madre de Eneas, y sobre otras quëstiones semejantes, que no podian recibir ilustracion alguna del estudio de los antiqüarios, y que solo prueban el excesivo amor que aquellos literatos profesaban á toda clase de antigüedades. Este defec-

(a) LXX.

recto ó exceso era propio de los gramáticos, los cuales todos hacían profesión de antiqüarios, y tenían en tanto aprecio estas cuestiones, que, como dice S. Agustín (a), acusaban de ignorante al que de pronto no supiese decir qual fuese el nombre de la madre de Eurialo. Así que el estudio de la antiqüaria sufrió en manos de los Griegos y de los Romanos, la misma suerte á que estaban sujetos los otros estudios; y de noble é importante que era llegó á hacerse frívolo y pueril. Vióse finalmente en el siglo IV. á Sexto Rufó, y á Publío Victor, escribir de los territorios de las ciudades, y hacer eruditas investigaciones sobre tales materias, y estos con razon pueden ser llamados los últimos, por decirlo así, antiqüarios de la antiqüedad. Poco despues se lamentaba Simaco de que ya no habia quien conociese las monedas antiguas. Y si Cedreno quiso posteriormente explicar la inscripcion de una medalla de Constantino, no hizo con sus esfuerzos literarios, mas que mostrar su ignorancia en esta clase de antiqüidades. Este de

(a) *De Ordine*, lib. II.

norancia en esta parte de la antiqüedad. Y decayendo siempre mas y mas los otros buenos estudios, tanto en la Grecia como en Roma, llegó tambien este á perderse enteramente; y no habia quien mirase los monumentos antiguos, no se pensaba en las inscripciones, ni se apreciaban las bellezas de las labores antiguas, y yacian abandonados y sepultados los preciosos residuos de la antiqüedad.

Salió con el tiempo la aurora de los buenos estudios, y desde luego se vió renacer con ellos el amor á la antiqüedad. Es bien notorio que el Petrarca, embelesado de la antigua literatura, corria fuera de sí tras qualquier reliquia de su adorada antiqüedad que pudiese haber á las manos, y se formó un pequeño museo de monedas antiguas, tenidas por él en tanto aprecio, que creyó don digno del emperador entonces reynante el regalarle algunas (a); pero no todos saben igualmente que al mismo tiempo hizo renacer Guillermo Pastrengo el estudio de las inscripciones, siendo el pri-

Restablecimiento de la antiqüaria.

(a) Petr. ep. III, lib. X.

mero, como reflexiona Maffei (a), que observó las lápidas, y copió una con extensión, lo que hasta entonces nadie había hecho. Al mismo tiempo Boccacio, tratando la mitología, excitaba la curiosidad de los lectores para ilustrar aquella parte tan importante de la Antiquaria. Así que al Petrarca, á Pastrengo y á Boccacio se debe de algun modo el restablecimiento del estudio de la antigüedad, y estos pueden con razon llamarse los primeros antiquarios. Pero en realidad el primero que con todo derecho se adquirió este nombre no fue otro que Nicolas Niccoli, célebre por la generosidad con que promovió las letras, y protegió á los literatos, y por la insaciable ansia, y vivo deseo que tuvo de recoger libros antiguos, y toda especie de monumentos de la antigüedad. En su casa, como refiere Poggio en la oracion que dixo en sus exêquias, se veían estatuas y pinturas antiguas, y una serie de medallas antiquisimas desde los primeros tiempos en que empezaron á acu-

(a) *Ver. ill. par. II, lib. II.*

acuñarse. Y no contento con apacentar su erudita curiosidad con tales monumentos, pasó, como verdadero antiquario, á hacer de ellos oportuno uso, y sacar provecho. Mehus en la prefacion á los escritos de Leonardo Bruni (a) observa, que Niccoli escribió un opusculo en italiano, donde con la autoridad de las lápidas, de las monedas y de los códices explicaba la ortografía; lo que podia probar su sana crítica y erudicion, y debia adquirirle las alabanzas de los doctos, y no las injurias de Guarini, quien en una carta, citada por el mismo Mehus, quiere reprenderlo de no haberse avergonzado *canus homo aerei nummi, marmorisque et codicum graecorum testimonia afferre*. Con estos exemplos se propagó generalmente el amor á la antigüedad, y todas las personas cultas estuvieron poseidas de esta passion. Cosme de Medicis cultivaba este estudio con la misma magnificencia con que promovia todos los otros: su hijo Pedro siguió en esta parte el exemplo de Cosme; pero superó de

Principes
y parti-
culares
amantes
de la anti-
güedad.

Ttt 2 mü-

(a) P. 66. &c.

mucho á los dos el nieto Lorenzo, llamado con razon el *Magnifico*. Fabroni (a) siguiendo á Valori, á Vasari y á otros escritores de aquellos tiempos nos presenta el palacio y el jardin de Lorenzo como un rico museo, y una bien provista escuela para las nobles artes, para el buen gusto y para la erudicion. Al mismo tiempo se gozaba en Nápoles de las eruditas preciosidades, que para instruccion propia y de los demas recogía su rey Alfonso de Aragon. Que el Duque de Calabria poseyese muchas preciosas raridades, puede inferirse de las que regaló al arquitecto Sangalli (b), que le manifestó deseos de tener algunas. Ciriaco Anconitano dice haber visto en Pavía una abundante y preciosa coleccion de antiguas medallas en poder de Juan Lucido Gonzaga, hijo del marques de Mantua. Pero es increíble el tesoro de camafeos, de medallas, de esculturas antiguas y de toda clase de antigüedades, que en Mantua poseían los Gonzagas, y forma-

(a) *Laur. Med. Magnif. Vita* pag. 141 &c.

(b) *Fabr. Ibid.*

maban aquella riquísima galería, que era tan admirada y alabada de los eruditos (a). No era menos precioso el museo de los Estes en Ferrara, del qual han salido despues tantas cornerinas, medallas, y apreciabilísimas raridades para enriquecer otros muchos museos dentro y fuera de Italia. Y no era privativa de los principes esta ambicion, sino que tambien muchos particulares gustaban de formar colecciones de eruditas preciosidades. ¿Quién no tiene noticia de los huertos *oricelarios*, ó los huertos, jardines y bosquecillos de Bernardo Rucellai, primorosamente adornados con antiguos monumentos, donde se tenian doctas academias de filosofia y de erudicion? Poggio, Pomponio Leto, Maffei y algunos otros competian con los mismos principes en esta pompa y esplendor literario. Y no se contentaban los eruditos con recoger preciosas antiguallas, sino que tambien ilustraban con los escritos toda clase de antigüedades. A este estudio puede de-

Escrito-
res anti-
quarios.

(a) *Ambr. Camald. Odepor. et epist.*; *Triss. Ritrati*; *Ceruti Praef. ad Mus Calc.* &c.

irse que consagró toda su vida Ciriaco Anconitano: aprendió la lengua latina y la griega, se internó en la historia y en el conocimiento de los antiguos, emprendió repetidos viages, se ocupó en continuas investigaciones, y vivió casi solo para su adorada antigüedad. El fue el primero que compuso una obra verdaderamente antiquaria, y formó una ó mas colecciones de inscripciones griegas y latinas, y ademas de aquellas juntó otras en su itinerario, publicó posteriormente por Mehus: y por algunos fragmentos de sus comentarios referidos por Olivieri se ve que no solo copiaba las inscripciones, sino qualquier vestigio de antigüedad que se le presentaba. Antonio Agustin (a), y despues de él otros muchos acusan á Ciriaco de inventor de lápidas falsas; pero otros reconociendo ciertamente por falsas muchas inscripciones de las que trae Ciriaco, quieren hacer á otro autor de la ficcion, y absolviendolo de la tacha de impostor dexarle solo la de sobrado crédulo. ¿Pero por qué se

(a) Dial. XI.

se ha de querer acusar de impostor á Ciriaco ó á otros, y no atribuir el error á la poca práctica que en tiempo de Ciriaco habia de leer las inscripciones, y á la poca fidelidad de los posteriores antiquarios en copiarlas? En efecto nosotros vemos aun ahora, en medio de tantas luces de erudicion, copiarse una misma lápida por diversos escritores con tanta diversidad, que nadie creería ser la misma, y tenerse muchas por supuestas, que leídas con exáctitud y verdad se abrazan como legítimas é indubitables. Muchas lápidas que se creían supuestas por Ciriaco ha encontrado despues Spon que realmente existian; y muchas escritas con exáctitud por Ciriaco, las han alterado tanto los copiantes, que no son ya las mismas, y justamente deben refutarse por falsas. Olivieri (a) dice, que ciertas inscripciones de Pesaro referidas por Ciriaco se buscan ahora en vano, por haberlas borrado Juan Sforzia para escribir otras nuevas, quando mandaba en Pesaro hácia fines del siglo XV. Pero sea de

(a) Opusc. Caloger. 1756.